

Guadalupe

AÑO 1. No. 5
AGOSTO 1947



CUARENTA CENTAVOS

NUESTROS PINTORES

MORA GALVEZ, ARTISTA AUTENTICO



OS condiciones humanas necesarias al artista se dan con exceso en Rubén Mora Gálvez: ágil, aguda, fina sensibilidad y variada experiencia vital; en

grado que ambas riquezas constituyen el mayor problema de este pintor. Hipersensible, propende a la inestabilidad de sus aficciones, al inconformismo negativo muchas veces resuelto en desaliento; las huellas de aventuras y destinos vividos, la inclinación bohemía y escéptica, frecuentemente sarcástica, lo han puesto en riesgo de frustrar su minerva. Con todo, la pléthora de sensibilidad y de peripecias, junto con sorprendentes disposiciones y dominio de la técnica, da sus excelencias a la obra estrictamente personal de Mora Gálvez; quiere decirse: a la obra realizada con plena libertad, sin urgencias ajenas al gozo de la creación estética.

Cora versátil y, por desgracia, exigua. Llena de motivos interesantes, contradictorios. Toda ella bajo el común denominador del dibujo certero, exquisito, y del exacto sentido —poético— de la coloración, prendas que aparecen aun en las obras de encargo tan abundantes en la producción de Mora Gálvez. Dibujo y color son piedras de toque para verificar al pintor auténtico. Sin más; Mora es un maestro en estos menesteres del arte.

El dibujo da vida y rigor esencial a sus cuadros. El color les infunde un tono lírico, que determina su encanto indiscutible.

Cuando después de algunos años vuelven a mirarse aquellas telas con el retrato de Billegue, de Berta Gutiérrez Hermosillo, de la Muchacha en el patio, y aquellas naturalezas muertas pintadas hacia 1930, la esencia lírica no sólo tiene fuerza poderosa para evocar emociones intactas, más también para cautivar el ánimo con revelaciones inéditas. El color, que asimismo es causa de perennidad o de fugacidad en la obra del artista, resis-

Por

AGUSTIN YAÑEZ



RUBEN MORA GALVEZ

te la prueba del tiempo —gustos, modas— en la obra de Mora Gálvez. Y si ese tono lírico, hijo del color, gana de pronto el sentimiento, luego la inteligencia encuentra sólido arraigo para el gozo en la seguridad del dibujo, que confiere a algunos cuadros magnitud arquitectónica: por ejemplo, a los retratos de Enrique Díaz

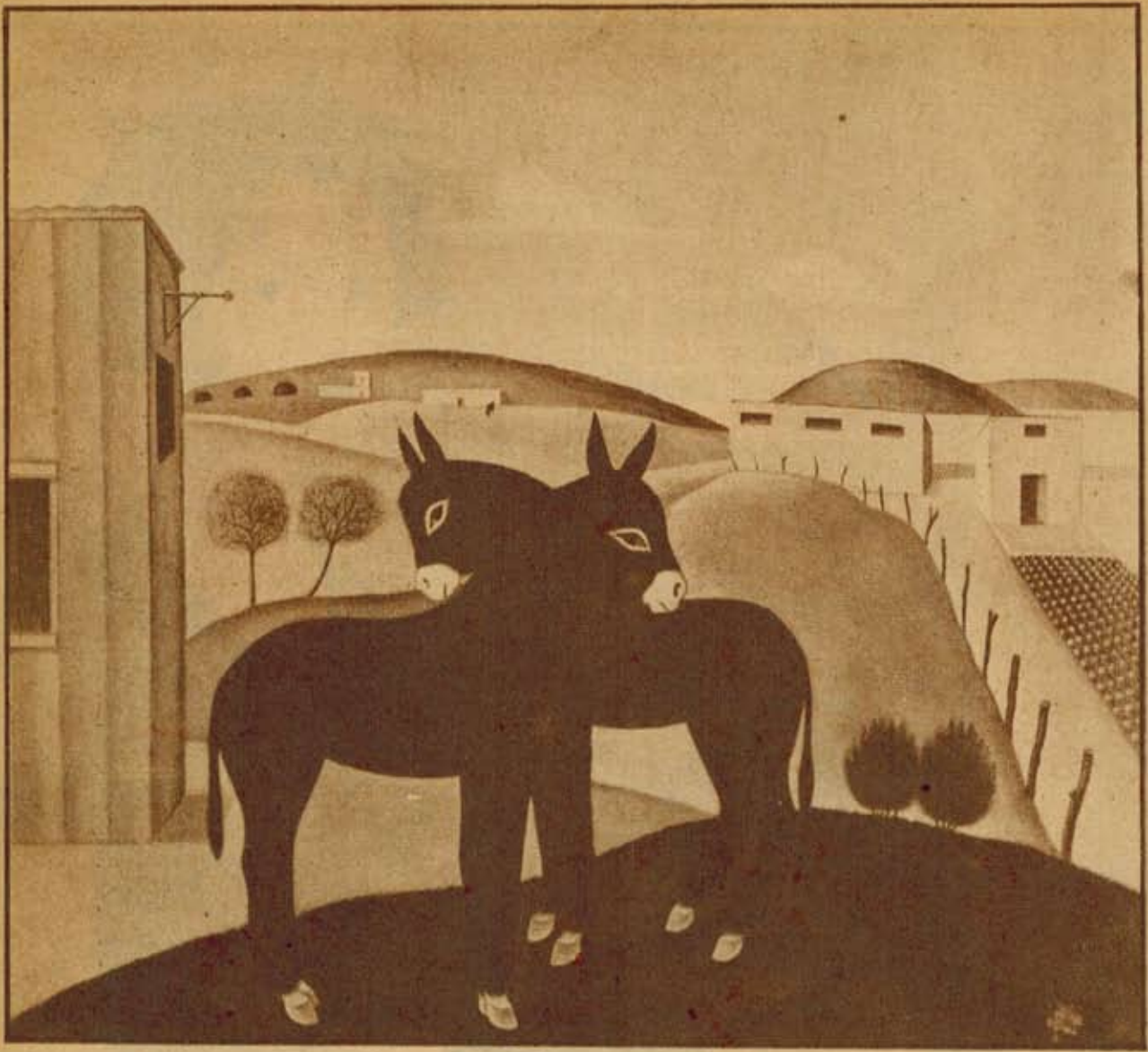
de León, de Manuel Martínez Valadez y de Enrique Martínez Ulloa.

Arquitecto por el dibujo y los volúmenes, poeta lírico por la tonalidad, el pintor Mora Gálvez cosecha sus mejores logros en el retrato; la nutrida producción de este género viene marcando las vicisitudes humanas y estéticas del autor, sus vuelos de uno a otro polo, su insatisfacción rapidísima en intentos estilísticos y técnicos de índoles encontradas, por tal modo que comparados entre sí algunos cuadros parecen, a primera vista, no sólo de diverso pintor, sino de diferentes épocas distantes. A lápiz, el retrato de la Madre, obra maestra, de admirable delicadeza, con un sabor mexicano profundísimo, no tiene semejanza ninguna respecto a la imagen de Alfonso Gutiérrez Hermosillo, ni está frente al brutal verismo de la de Martínez Valadez o a la recia sobriedad con que Mora Gálvez interpretó la figura de Díaz de León. Pero en todos sus retratos hay penetración psicológica, conseguida unas veces más por la virtud del trazo, y otras por la del color, el cual casi siempre confía la creación del ambiente, que suele cerrarse como globo de transparencia, eficaz para revivir la personalidad de la figura y para absorber las potencias del espectador.

La avidez por ensayar formas y procedimientos múltiples, el mimetismo inestable, la duda radical, permanente, son al propio tiempo la virtud y el pecado, así como el estímulo que hace interesante el caso de Mora Gálvez. Difícil es predecir si algún día podrá identificarse con un sólo camino y si en este caso su pintura conseguiría superarse definitivamente, o por el contrario se anquilosara, temor que sin duda lanza al artista por tan diferentes vientos. Lo que sí puede afirmarse desde ahora es que la historia de la pintura jalisciense no podrá prescindir del nombre de Rubén Mora Gálvez, quien a vuelta de tantas aventuras por el mundo, consagra su ingenio y su devoción a labrar la sensibilidad patrimonial de esa provincia, egregia en la historia del espíritu mexicano.



RETRATO de Rosita Morett, que recuerda la técnica y composición de los pintores jaliscienses del siglo pasado, con su típico ambiente regional.



"LOS BURRITOS"



"LA TORCACITA"



"EL CHICALOTE"



*Don Fernando, originario de la villa de Salvago del Estado de Michoacan de Spanha. Sedio en su vida el comercio y a su amicia, haviendo
obtenido de S. M. C. de Guatimala, su cargo con onficio de cacique y de su casa. Fue abuelo materno del que pinto este retrato.*

RETRATO DEL ABUELO DEL PINTOR